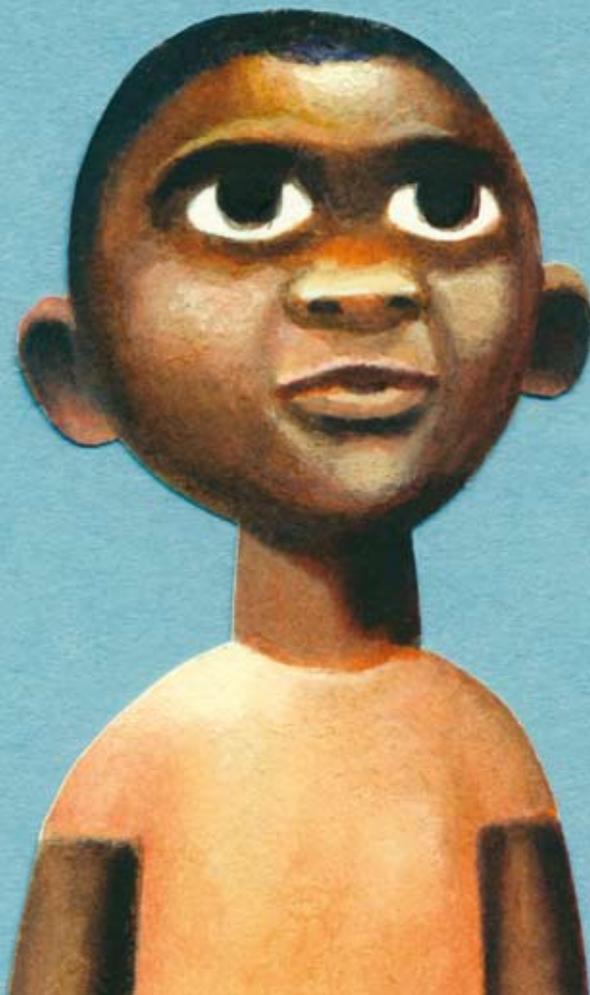


KALAKAMAKE

o lo que no se ha conseguido

ANNA TORTAJADA

ANTONIO ACEBAL



Kalakamake, o lo que no se ha conseguido

Anna Tortajada / Antonio Acebal



«Hace mucho, mucho tiempo, en la cima del monte Namuri,
Mukulu creó al primer hombre.

Mientras bajaba de la montaña, el primer hombre se cayó. De su sangre nació la primera mujer. El primer hombre y la primera mujer se instalaron en estas tierras donde ahora vivimos».

Eso es lo que nos cuentan a los niños los cuenta-cuentos del clan de mi madre.

Otros, en mi país, llaman Alá al Creador. Y otros Padre. Nosotros lo llamamos Mukulu. Es lo mismo.



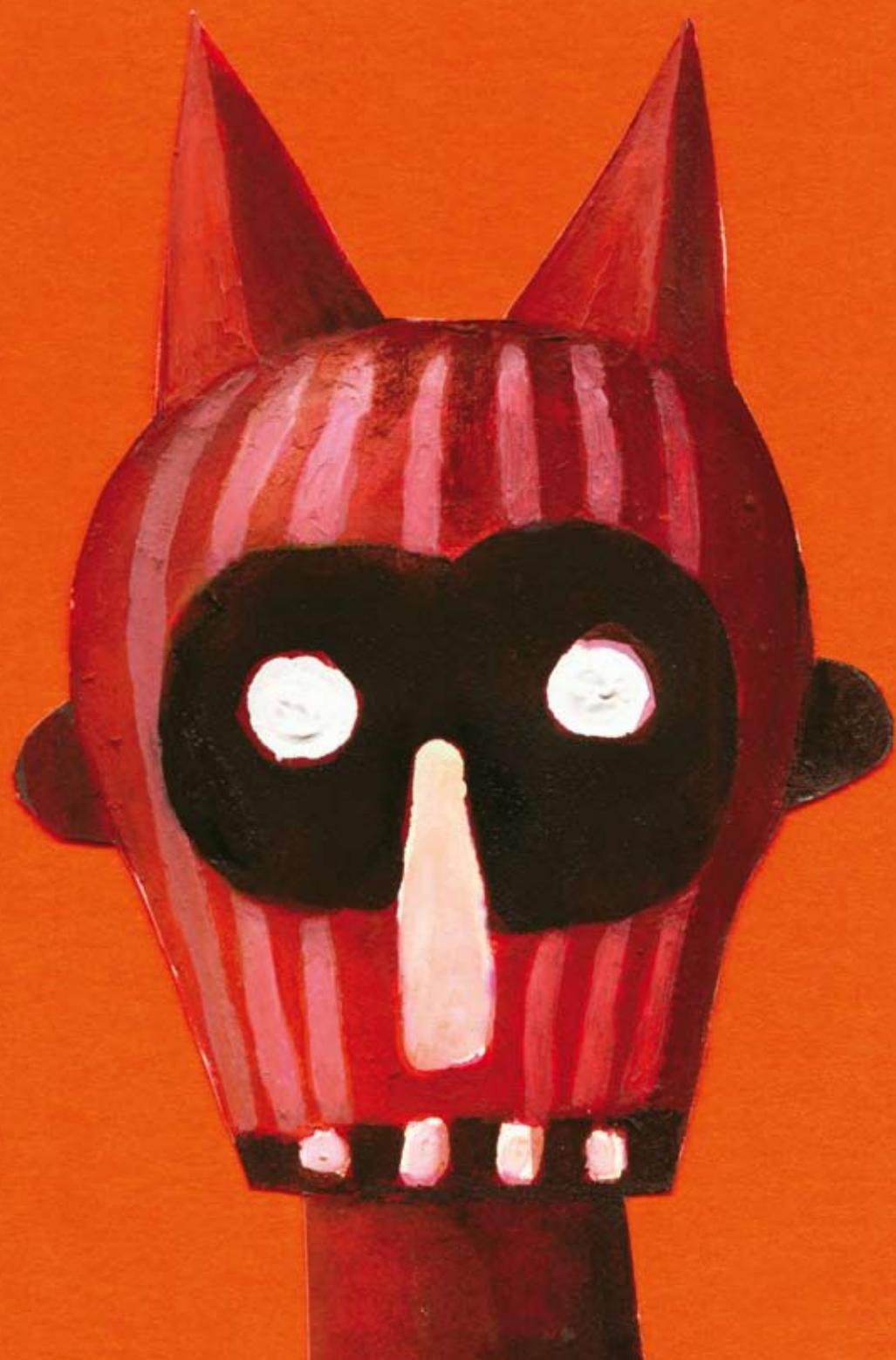


«Pero por estas tierras, al pie de la montaña, rondaba Mawiri, el espíritu que trae la muerte, las malas cosechas y todos los males».

Eso era lo que creían nuestros antepasados, los pueblos bantús que vinieron de los grandes lagos.

«Nuestros antepasados velan por nuestras cosechas y nuestra salud».

Eso nos cuentan a los niños los cuenta-cuentos del clan de mi madre. Y eso es lo que hemos aprendido.





—No nos hace ninguna falta que venga Mawiri, Kalaka.

Mi madre dice que los males están ahí. Sin más. Sólo hay que ponerles remedio.

Yo soy Kalakamake, pero todos me llaman Kalaka. Mi nombre significa, «Lo que no se ha conseguido». Me gusta mi nombre: Si algo todavía no se ha conseguido, aún puede conseguirse. ¿No?

Pero no sé qué es eso que debo conseguir.

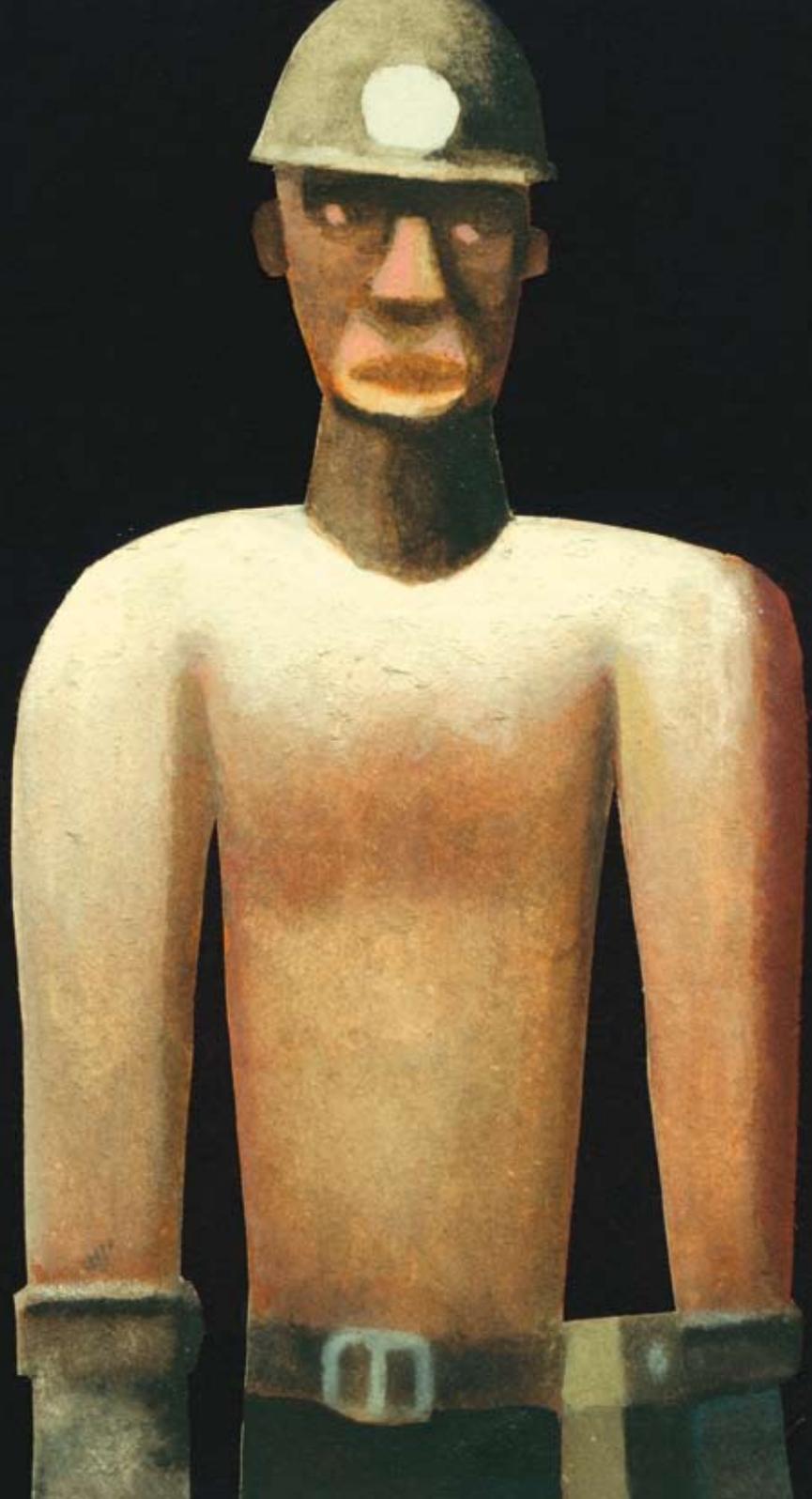
Mi hermana mayor, mi hermana pequeña y yo vivimos con mi madre en una de las aldeas de su clan. Es la costumbre. Los hombres casados van a vivir con el clan de sus esposas. En otros lugares lo hacen al revés.



Mi padre pasa mucho tiempo fuera. A menudo está trabajando en Maputo. Maputo es la capital de mi país. A veces trabaja en las minas de oro de Sudáfrica. Así gana dinero. Allí viven sus otras mujeres y sus otros hijos.

Cuando mi padre está en casa, si no hay sequía vamos a pescar al río. Lejos de la charca que se forma cada vez que hay inundaciones.

Mi padre ayuda a mi madre en las tareas del campo. Vivimos de eso. De cultivar la tierra.





«Khapá, la tortuga terrestre, fue quien reveló el secreto de las semillas a un pobre huérfano». Supongo que él se lo contó a todo el mundo. ¡Qué más da! Sólo son cuentos que cuentan los cuentacuentos.

Mi madre canta con las otras mujeres mientras cavan la tierra y siembran el maíz. Me mira y se ríe:

—Los cuentos, Kalaka, son una bonita manera de explicar el mundo. Escúchalos con atención y serás un hombre juicioso y sabio.



Mi hermana pequeña está enferma, pero se curará. Y mi tío materno también está enfermo, pero no sé si se curará. Mi tío materno es quien ayuda a mi madre a cuidar de nosotros, mientras nuestro padre no está. Es la costumbre. Pero desde que mi tío materno está enfermo ya no puede ayudar a mi madre. Ahora mi madre cuida de él. Y de nosotros y de las cosechas, ella sola.





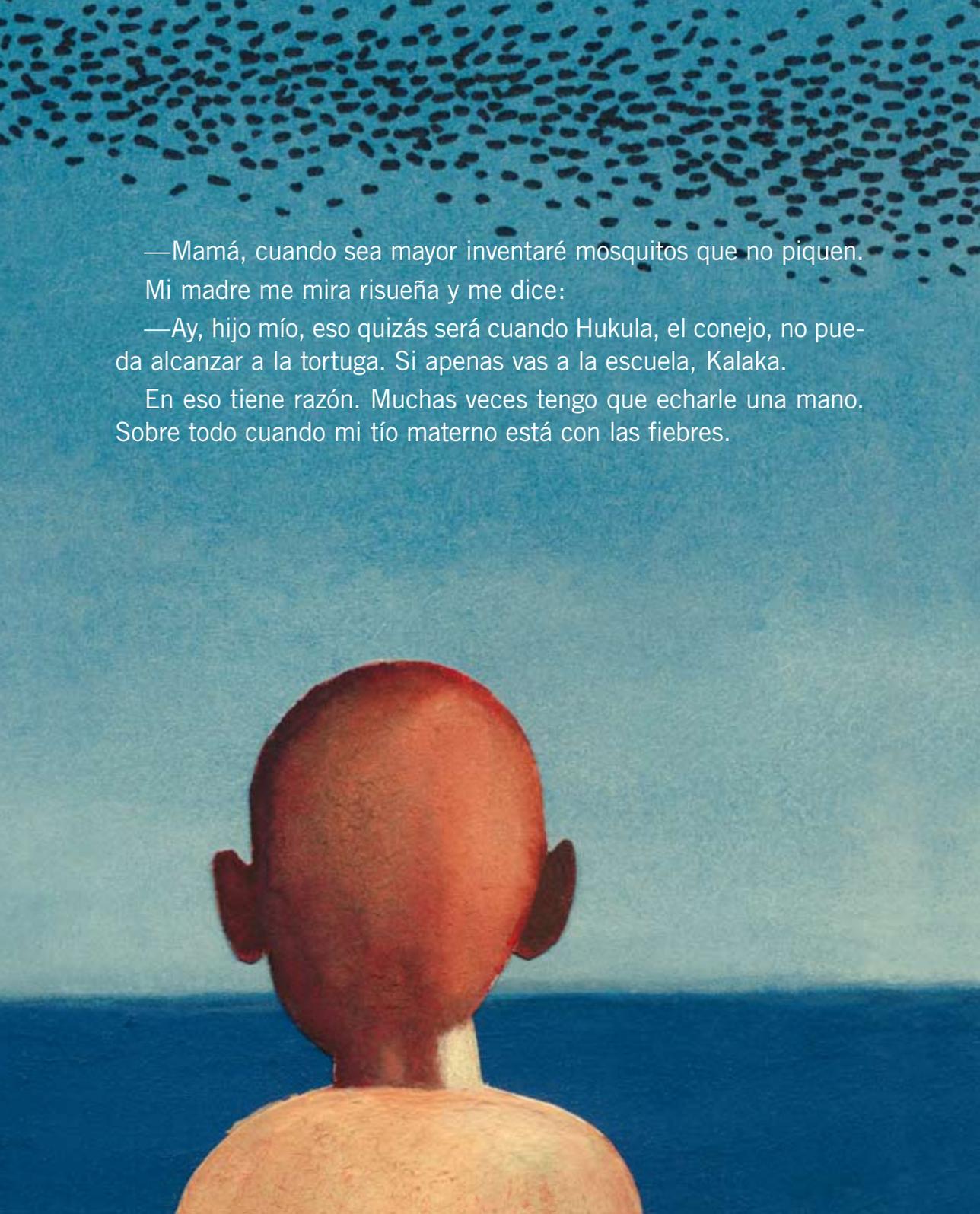


Dice mi madre que no es Mawiri el que trae la enfermedad. La enfermedad la trae la madre mosquito, que la lleva en la saliva.

Los mosquitos viven en los pantanales, no en los ríos donde Khapá, la tortuga de tierra, sabe nadar.





The background of the page is a light blue sky with a pattern of dark, irregular spots, resembling a screen or a textured surface. In the lower portion of the image, the back of a child's head and shoulders is visible, looking out over a dark blue horizon line.

—Mamá, cuando sea mayor inventaré mosquitos que no piquen.
Mi madre me mira risueña y me dice:

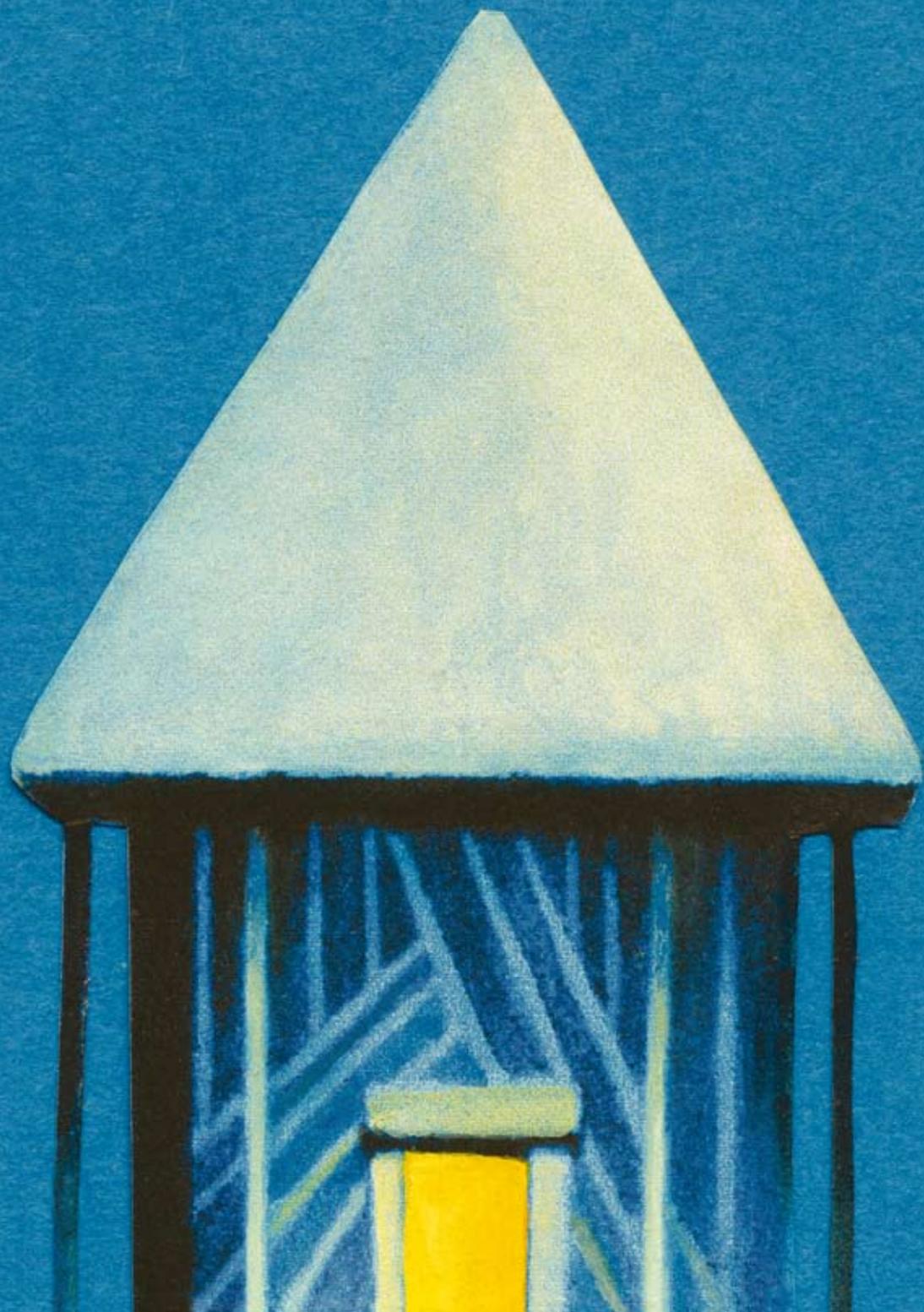
—Ay, hijo mío, eso quizás será cuando Hukula, el conejo, no pueda alcanzar a la tortuga. Si apenas vas a la escuela, Kalaka.

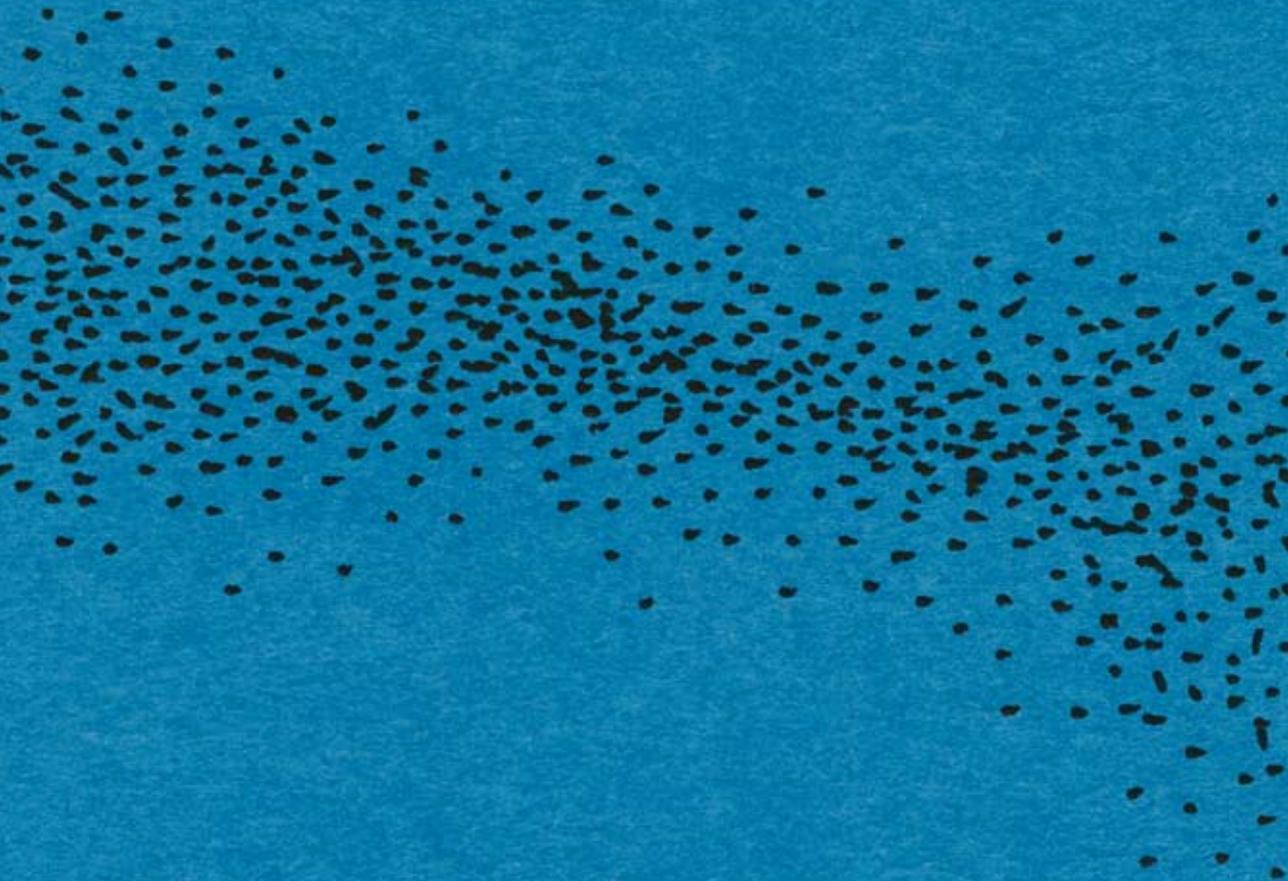
En eso tiene razón. Muchas veces tengo que echarle una mano. Sobre todo cuando mi tío materno está con las fiebres.

Dice mi madre que si tuviéramos insecticida, unos techos bien cerrados, mosquiteras para dormir y secáramos el pantanal, nadie más enfermaría.

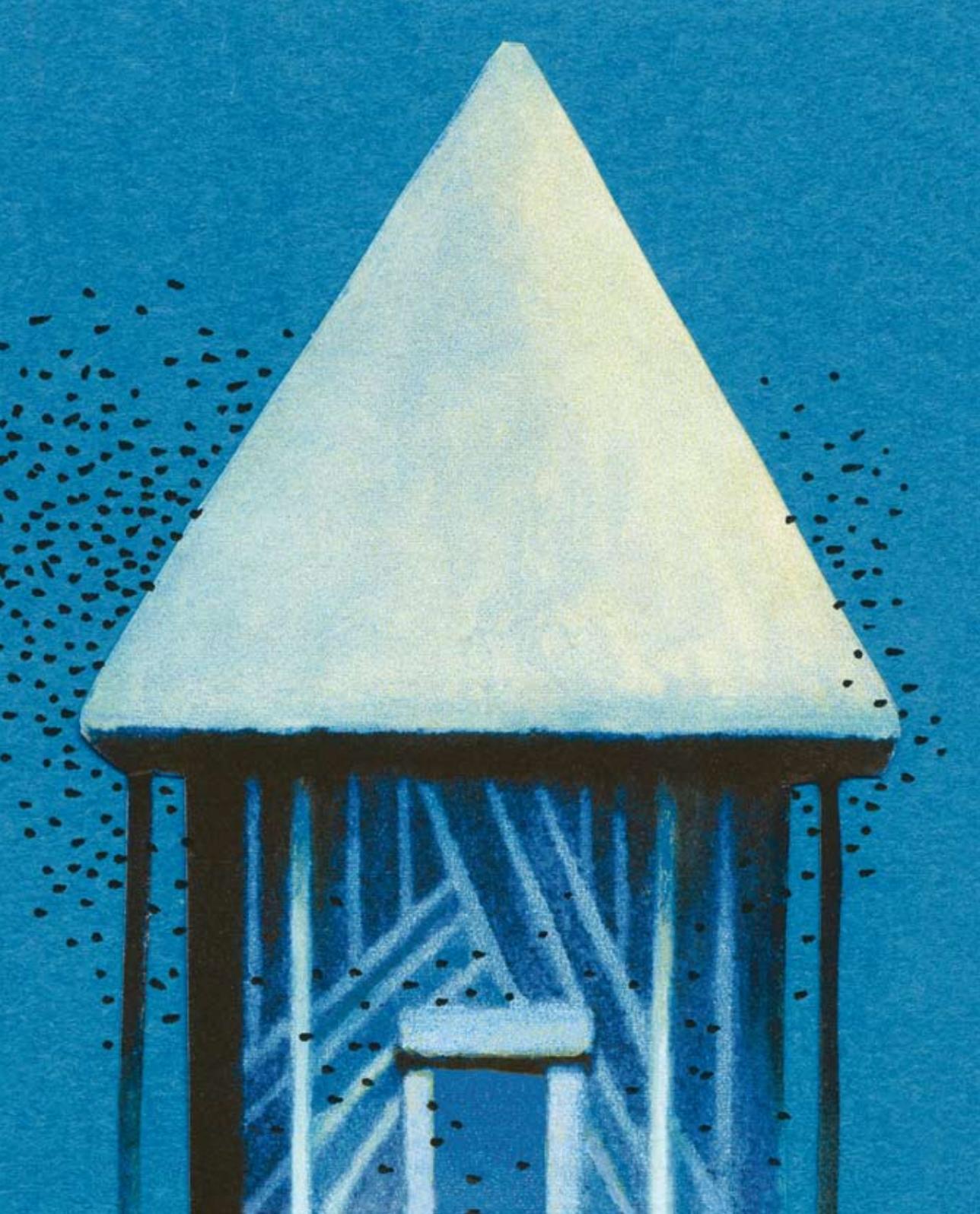
Si fuera verdad que Mawiri trae todos los males, no se podría hacer nada, como cuando llega la muerte.

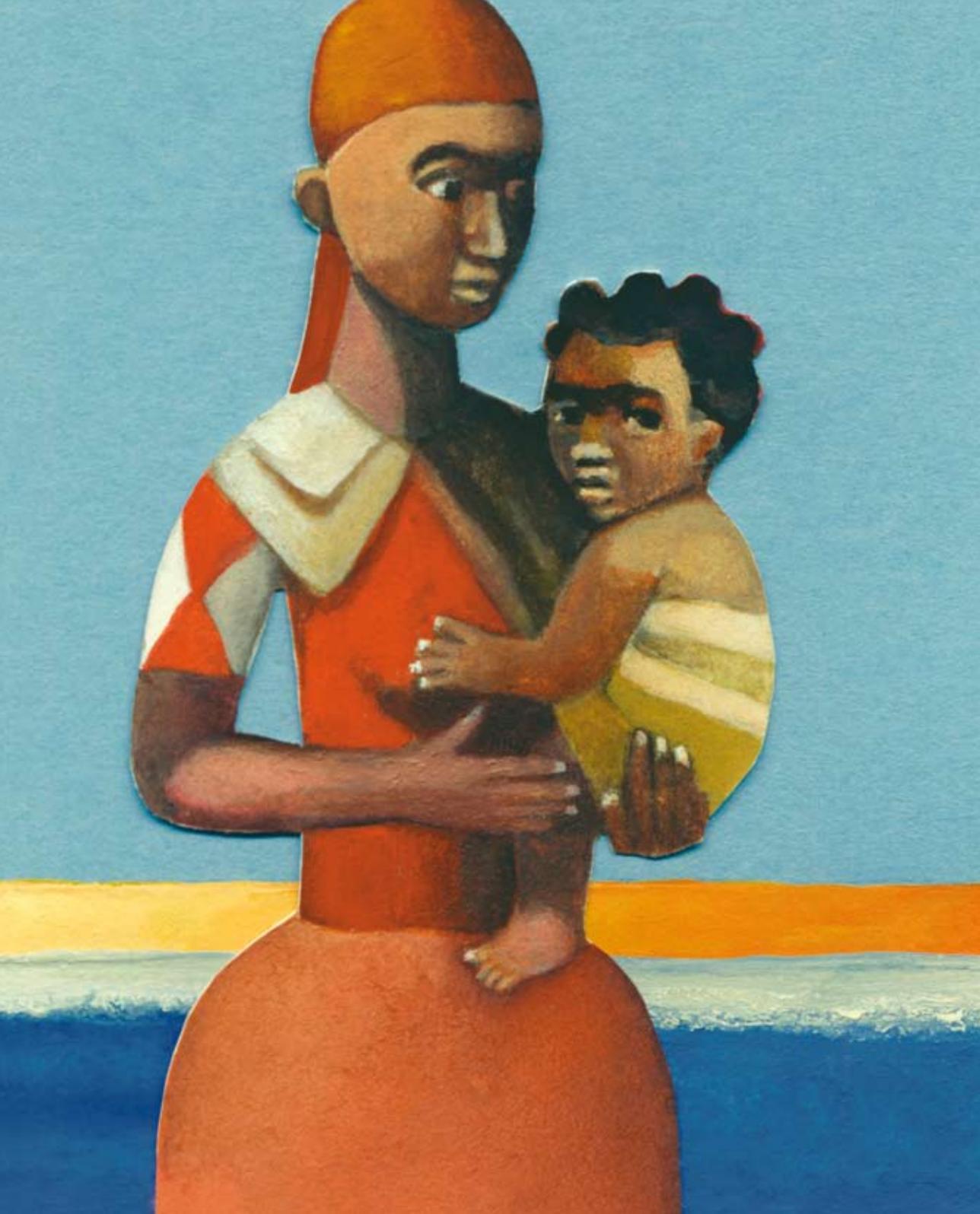






No tenemos nada de eso. A veces tenemos insecticida. Alguien tiene una mosquitera. No sirve de mucho. Los mosquitos siempre encuentran la manera de picarte. Nosotros no podemos comprar todas esas cosas. Son demasiado caras.





Mi madre no se queja. Sólo a veces, cuando no puede más y está harta de esperar que todo vaya bien. Y el día que mi hermana pequeña empezó con los escalofríos y las fiebres y los sudores.

—¡Ya pueden ir dando consejos, los médicos, si luego no los podemos llevar a la práctica!— se quejó mi madre.

¡Mawiri no tiene nada que ver con la enfermedad!

Y creo que tiene razón.

Mi hermana no ha visto una mosquitera en su vida.





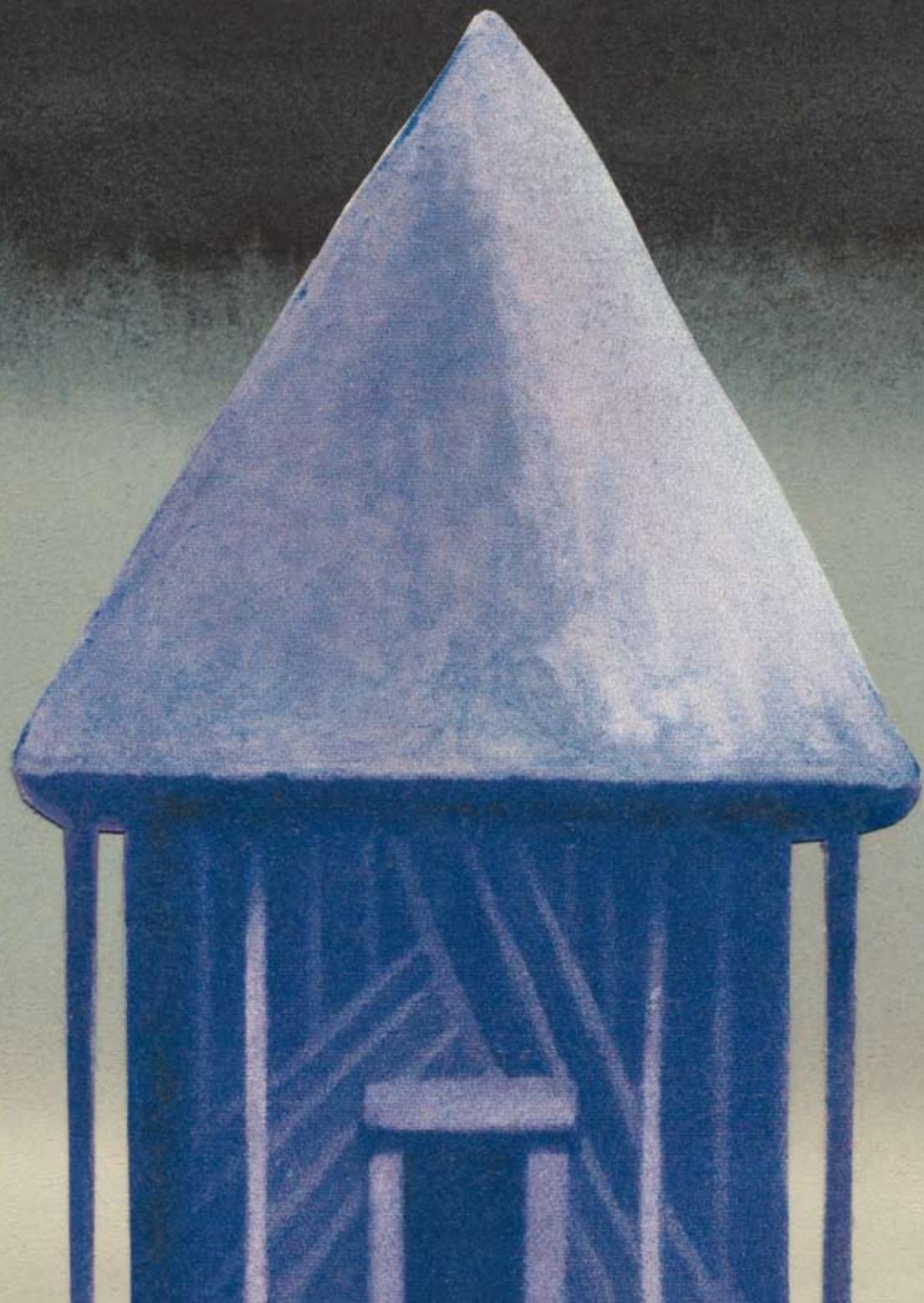
Mi madre no se queja. Canta mientras desbroza el suelo con la azada o muele la yuca o el grano, con su largo palo de moler, para preparar la comida.

Dice mi madre que hay que secar la charca. Algunos se ríen. Mi madre sabe estas cosas. Todo lo que hay que hacer para que desaparezca la enfermedad. Se lo contaron después de las inundaciones, en el centro de salud.



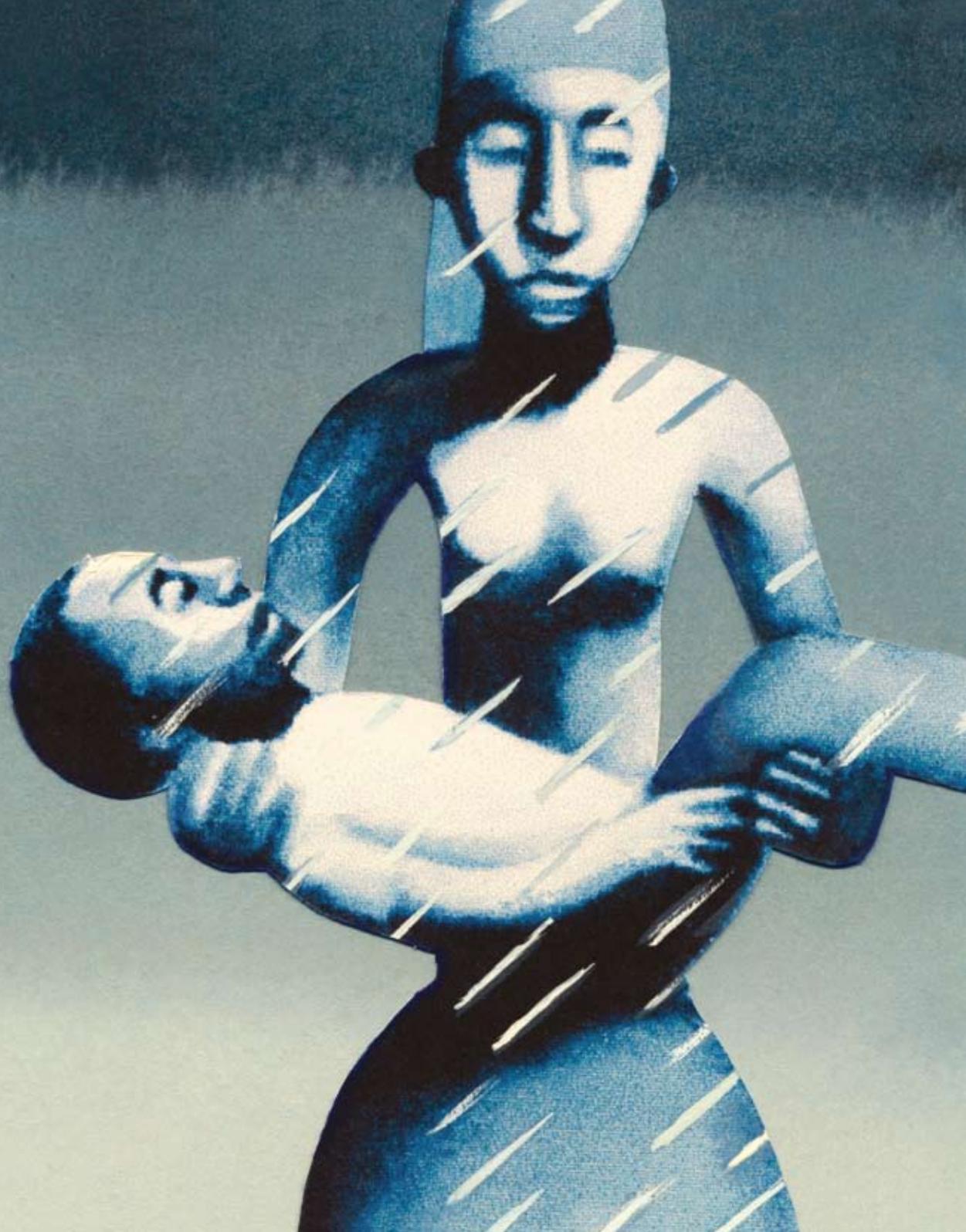
Mi hermano mayor murió hace tiempo, cuando yo ya andaba y acababa de nacer nuestra hermana pequeña.

Se puso enfermo durante las lluvias y los caminos estaban inundados. Mi madre quiso llevarlo al centro de salud, pero no pudieron llegar porque el camino era un río y todo estaba lleno de fango.



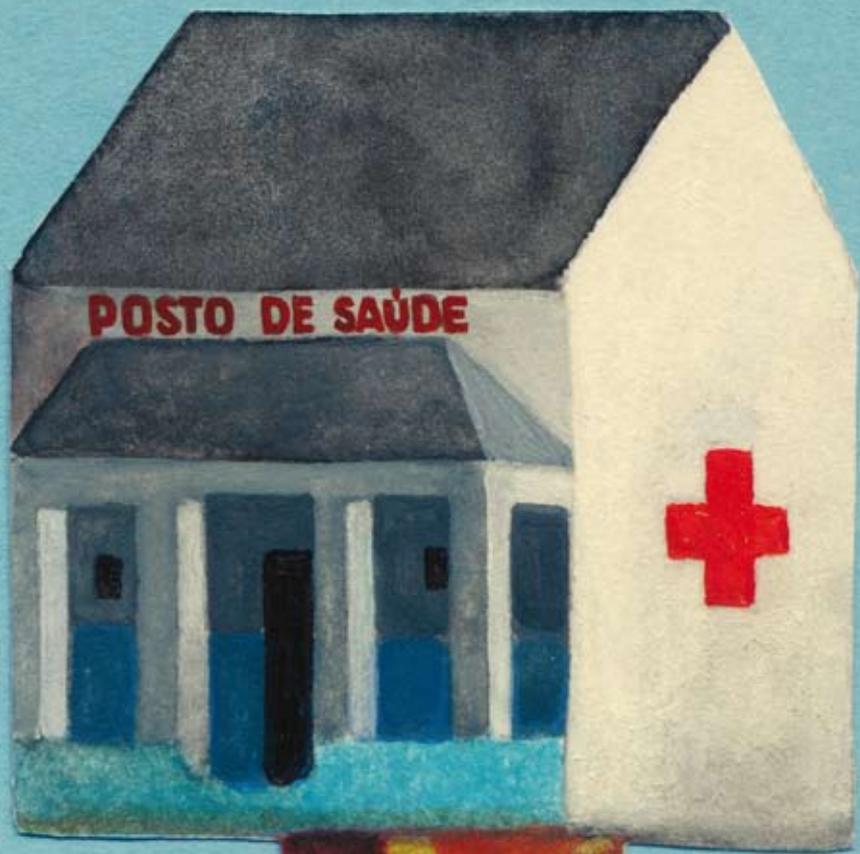
Mi hermano mayor no mejoraba. Empeoraba. La enfermedad puede ser suave o feroz. Yo no sé de qué depende. En él parecía la más salvaje de las fieras. Y cuando el camino volvió, mi madre fue caminando hasta el centro de salud con mi hermano mayor.

¡Ay! Ya no se podía curar. ¡Ay! ¡Si hubieran ido antes, al aparecer la fiebre! Los médicos habrían podido curarle. Con un tratamiento. Con medicamentos.



Donde nosotros vivimos no hay medicinas. Hay que ir al centro de salud. Tampoco en el centro de salud hay siempre medicinas. No sé donde están las medicinas si no están en el centro de salud.

Así que cuando mi hermana pequeña empezó con los escalofríos y la fiebre, mi madre caminó con ella hasta el centro de salud. Estábamos en la estación seca y llegó bien. Ahora sabemos seguro que mi hermana pequeña tiene la enfermedad. Se lo miraron en la sangre. Pero podrá tomar medicinas. Y si las medicinas no se acaban, se curará.





—Mamá, cuando sea mayor seré un médico que invente medicinas.

Mi madre me miró raro y me dijo:

—Ay, hijo mío, eso quizás será cuando Hukula, el conejo, corra tras la tortuga de tierra. ¡Eso debe de ser muy difícil, Kalaka!

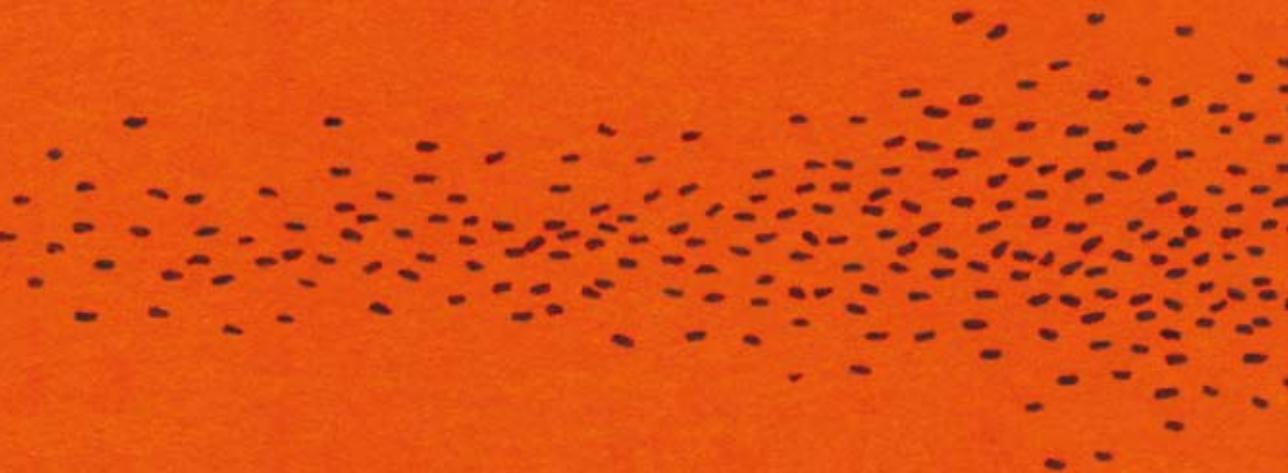
¡Malditos mosquitos!

Los mosquitos viven en la charca. No en los ríos donde el agua no para quieta.



Quisiera tener un caparazón como el de Khapá, la tortuga terrestre, para que los mosquitos no me picaran. Sé que antes o después, cualquier día yo también tendré la enfermedad. Malditos mosquitos.

—Los mosquitos no lo hacen a propósito, Kalaka. La madre mosquito coge sangre para alimentar a sus huevos. Se lleva la sangre y deja su saliva con la enfermedad. La madre mosquito no sabe que la enfermedad vive en el agua con sus hijitos que aún no son siquiera mosquitos.





Mi madre dice que habría que secar la charca.

—Sí, es verdad —dicen otras mujeres y algunos maridos.

—¿Qué tendrá que ver? —dicen algunas mujeres y otros maridos.
Pero ya no se ríen.

Y mi madre les explica lo que le contaron, que la enfermedad está en el agua, que la madre mosquito la lleva en su saliva. Que a cambio de nuestra sangre, nos deja la enfermedad que vive en la charca.



Me da miedo que el mosquito me traiga la enfermedad.

Mi hermana mayor se ríe.

—Qué se le va a hacer, Kalaka. ¡Así es la vida!

Me da miedo no poder llegar al centro de salud cuando empiecen los escalofríos.

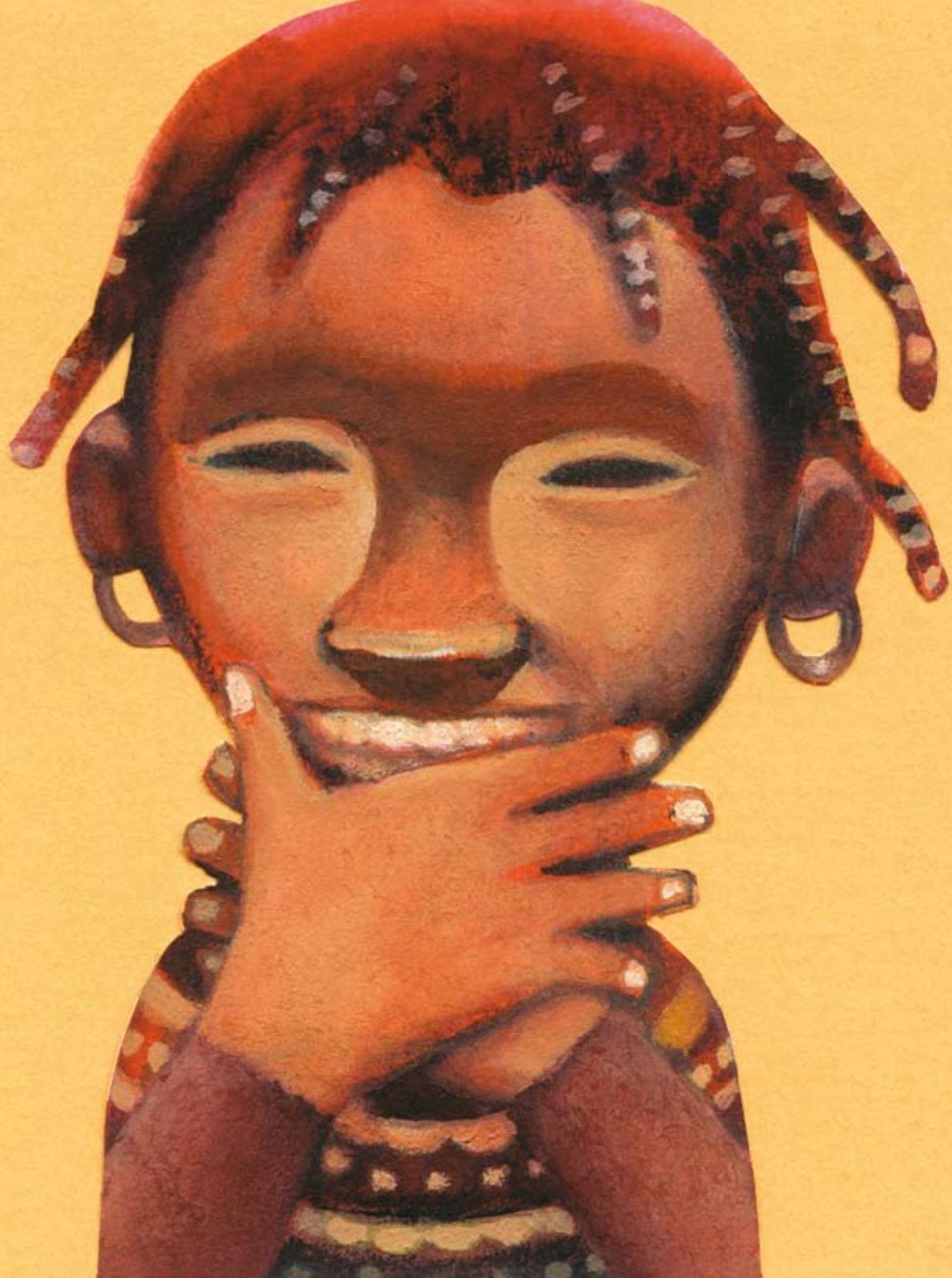
—Qué se le va a hacer, Kalaka. ¡Así es nuestra vida!



Me da miedo que no haya medicinas en el centro de salud cuando yo las necesite.

—Qué se le va a hacer, Kalaka. ¡Así es nuestra vida!

Me da miedo morirme.





—Morirte vas a morirte igual, Kalaka. Morir forma parte de la vida.

Pero yo quiero ser como Khapá, la tortuga de tierra, que vive muchísimos años.

Y algunas veces me pregunto: ¿Qué es eso que no se ha conseguido, y yo podría conseguir?



Mi padre dice que las empresas que hacen medicamentos no quieren fabricarlos.

—Con nosotros no se harían ricos, Kalaka.

Mi padre dice que si la enfermedad la sufrieran «ellos», habría medicamentos hasta en los supermercados.

Eso lo dice mi padre que pasa mucho tiempo en Maputo y en las minas de oro de Sudáfrica para ganar dinero. No sé quiénes son «ellos».

—¡Y hasta vacuna habría! —dice mi padre cuando se enfada.

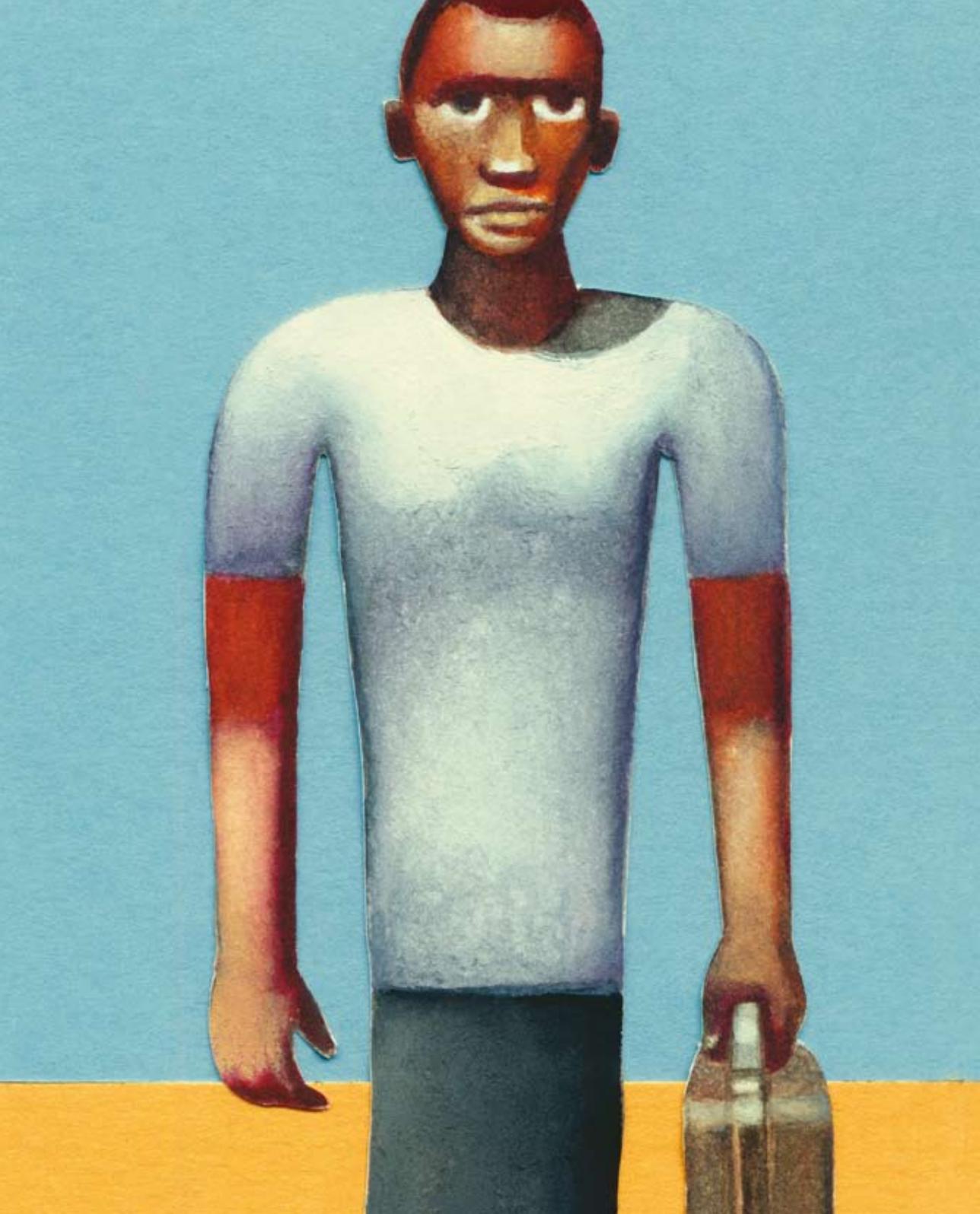
Dice mi padre que con una vacuna ya no coges la enfermedad. No es ningún amuleto de la suerte, ni nada así. Es otra clase de medicina. No cura. Te protege de la enfermedad como un escudo.



Pero no hay ninguna vacuna para esta enfermedad del mosquito que en el centro de salud llaman malaria. No es que se les hayan terminado las vacunas y tengan que comprar más. Es que todavía la están buscando. En muchos lugares de África. Y de todo el mundo. Eso dice mi padre.

Así que por el momento, vamos a secar la charca. Dice mi madre que esto es una gran noticia. Ahora mi padre está aquí. Se va a quedar un tiempo, mientras duren las obras.





Mi madre canta mientras desbroza los campos con la azada. Cuando la charca esté seca, habrá menos enfermedad. Mi madre canta y se ríe. Y también las otras mujeres que han convencido a sus maridos.

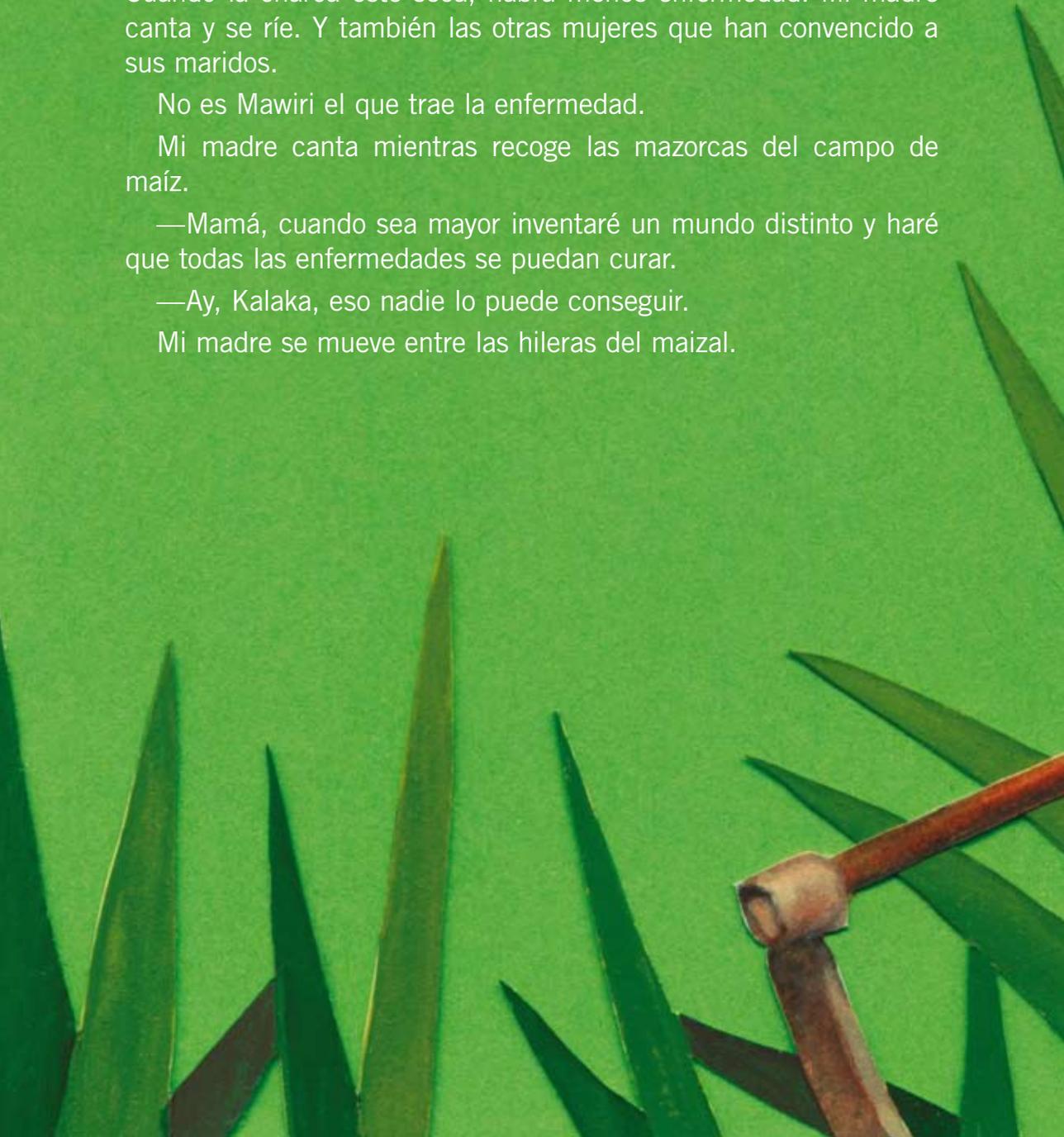
No es Mawiri el que trae la enfermedad.

Mi madre canta mientras recoge las mazorcas del campo de maíz.

—Mamá, cuando sea mayor inventaré un mundo distinto y haré que todas las enfermedades se puedan curar.

—Ay, Kalaka, eso nadie lo puede conseguir.

Mi madre se mueve entre las hileras del maizal.







—Mamá, ¿no es mi nombre Kalakamake?

Veo su ropa de vivos colores entre las hojas largas y verdes de las cañas.

—¡Pues claro, Kalaka! ¡Qué cosas tienes!

Mi madre sale del campo con el cesto lleno.

—¡Cambiaré el mundo, mamá! Conseguiré lo que no se ha conseguido.

Mi madre me mira muy seria y me dice:

—Ay, hijo mío, eso quizás será cuando Khapá, la tortuga de tierra, sea más veloz que Hukula, el conejo.

Mamá ya no se ríe. Se ha quedado pensativa.



—Pero soy Kalakamake, mamá, ¡lo que todavía no se ha conseguido!

Mi madre se agacha y se pone a mi altura.

—Para todo eso, Kalaka, tendrás que aprender muchas cosas y llegar a ser un hombre juicioso y sabio. Y encontrar a muchos otros que como tú, quieran cambiar el mundo.

Solo soy un niño, Kalakamake. Pero no importa. Ahora mismo puedo empezar. Voy a ser como Khapá, la tortuga terrestre, que camina muy despacio, pero siempre llega adonde quiere llegar.



Primera edición: abril, 2010

© del texto: Anna Tortajada

© de las ilustraciones: Antonio Acebal

Edita: Medicus Mundi Asturias / Campaña Stop Malaria Now!

Financia: Axencia Asturiana de Cooperación al Desarrollu

Concepción gráfica: Forma

Impresión: Imprenta Gofer

D.L.: AS-1071/2010

Impreso en España

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros medios, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del copyright.

Edita



Financia



GOBIERNO DEL PRINCIPALU D'ASTURIAS
CONSEYERÍA DE BIENESTAR SOCIAL Y VIVENDA

